

## ACCIDENTE FERROVIARIO

Por KHRISTO

El tren se detuvo bruscamente. Los pasajeros gritaban. Tía Rosa me tomó de la mano y descendimos. Todos descendimos. Vi como los pasajeros corrían hacia la parte de atrás del tren. Tía Rosa, también, hizo lo mismo conmigo casi arrastrándome. Todos querían ver cómo había quedado la carreta, los bueyes y el niño que el tren había atropellado.

Desde lejos, desde unas casas pequeñas, vi una mujer que corría gritando. Al principio, por la distancia, no se escuchaba bien lo que la mujer decía. Al acercarse era nítido su grito desgarrador ¡mi hijo, mi hijo! ¡SALVEN A MI HIJO!

La escena era muy fuerte, la carreta toda destruida y los bueyes aún se movían, el tren había pasado por encima. Una señora de sombrero blanco abrazaba a la madre del niño que quería abalanzarse sobre los escombros en busca de su hijo, y un joven llegó corriendo con una botella de agua para la congojada madre. Unos hombres movían los escombros, yo diría delicadamente, a pesar de lo que gritaba el conductor del tren que no se moviera nada hasta que llegara Carabineros.

Tía Rosa, siempre me decía “cuando cumplas 5 años te llevaré a conocer a tu abuelita”. Y efectivamente a los cinco años me llevó a Quirihue, era 1950, para que conociera a la abuela Soledad y a mis tíos y tías que aún vivían en la planicie de un cerro al noreste del pueblo, donde mis abuelos tenían su casa, y cultivaban legumbres y verduras que regaban con agua de una vertiente ubicada en la parte

POR KHRISTO

alta del cerro. Pero además, mi abuelo, había plantado parras vineras y según supe después , era el mejor vino de uva de parras de rulo de todo el sector de Quirihue.. MI abuelo murió muy joven. Su padre era Vasco, había llegado a Quirihue a mediados del siglo XIX. Era agricultor, y de él, mi abuelo Pedro, había aprendido el cultivo de la tierra y de mi abuelo, mi padre, siguió la misma huella.

Veníamos de regreso, después de una semana compartiendo con la abuela Soledad. Yo era el primer nieto. El primer tramo en tren era Quirihue- Chillán. En ese tramo se produjo el accidente.

Escuchaba cerca de mí y de tía Rosa las distintas conjeturas, “el niño debe estar debajo de uno de los bueyes”, otro decía, “es posible que haya quedado debajo del tren. Habría que mover el tren lentamente”. Los carabineros no llegaban y la incertidumbre aumentaba. Al ver a la madre llorar, varias personas lloraban junto a ella. El dolor aumentaba a medida que el tiempo transcurría.

Allá vienen – gritó alguien. A lo lejos se veían dos jinetes. Al acercarse no eran carabineros, sino el padre del niño y el tío, hermano de la mamá del pequeño. El papá se bajó de su caballo y corrió a los escombros y empezó a mover todo, gritando ¡Manuel!. ¡Manuel!. ¡Manuel!. Gritaba con tanta fuerza que su voz retumbaba en los aires como un trueno, y se expandía como un relámpago. ¡!!Maaaaanueeel ¡¡¡ Sus manos se hundían en los maderos triturados. Sus manos sangraban.

Desde unos matorrales cercanos al accidente, apareció la silueta difusa de un niño.

POR KHRISTO

Yo no comprendía porque todos gritaban y se reían, y unas señoras lloraban y se abrazaban.